

ATIENZA EN EL AYER, CURSO DE 1969 POR TOMAS GISMERA VELASCO



Por aquellos felices, e infantiles años, de 1969 apenas había televisores en Atienza. Si acaso el del bar Federe, la taberna del tío Casillas y pocos más, creo que ya lo conté. No obstante, en ocasiones muy señaladas, desde algún lugar se llevaba uno, el más grande, a la casita rural de la plaza Nueva, para que todo el que quisiera pudiera seguir el programa en cuestión, señalado. Me vienen a la memoria algunos. Pero no puedo dejar de reseñar aquél primero en el que, bueno, en el que todo el pueblo se

asomó a ver la televisión porque nos echaban, nada más y nada menos, que una recreación de La Caballada, coincidiendo con su octavo aniversario, es decir, que aquello debió de suceder en 1963. Imposible recordar los cientos de cabezas que trataban, por encima de todas las demás, abrirse un hueco para contemplar en la pantalla las imágenes que veíamos a diario, ¡pero en la televisión! Nuestro castillo, nuestras murallas, nuestras casas arrumbadas, nuestras gentes. Y es que, los de Atienza, salíamos por vez primera en la televisión. Tan solo tres imágenes me quedan de aquello. La primera, ver a uno de los entonces mozos del pueblo, creo recordar a Eugenio Arias, a lomos de un caballo, bajando del castillo, portando la bandera de La Caballada. La segunda, a Carmelo el relojero, quien con sus gafas de “culo de botella” y unos catalejos, trataba de captar, desde el fondo de la sala, las imágenes, mejor que nadie. La tercera, que al no poder entrar tantísima gente en tan reducido espacio, la televisión se tuvo que instalar, finalmente, sobre una de las ventanas para que el personal pudiera seguir el programa desde la plaza.

Pues eso, que no había en Atienza demasiado televisores para seguir, aquel año, la llegada del hombre a la luna. Pero para eso estaba el cielo y una noche que, si no era de luna llena poco le faltaba. Advertidos estábamos todos de que aquella noche algún hombre llegaría a la luna, y por eso, casi toda Atienza estaba en la calle y mirando al cielo, por ver si, por esas casualidades del destino, alcanzábamos a ver al hombrecito de marras bajarse del Apolo y dar los primeros pasos por aquella bombilla redonda y, en aquella noche, tan iluminada y mirada del mundo.

A mi me cogió la llegada del hombre a la luna preparando el equipaje para marchar al aspirantado menor de La Salle, en Griñón, pero todavía faltaban unos meses hasta la partida así que, aquella noche, como casi todos los chiquillos de la misma edad, salimos carretera adelante hasta el mejor lugar, aunque desde Atienza todos son buenos, desde el que poder mirar la luna. En esa ocasión nos tocó junto al transformador de la luz, frente al ábside de San Francisco, porque la luna estaba, a aquellas horas de mediada la noche sobre el cerro de las Peñas de Rubiel.

Casualidades esperadas, los chiquillos del barrio no éramos los únicos que elegimos